

La conquista del Perú abunda en sucesos de esta naturaleza. La traicion, la avaricia, la crueldad misma, mas de una vez dirigieron los actos de los generales á quienes el rey de España tenia encomendado el descubrimiento de aquel hermoso imperio. La memoria de Pizarro irá perpetuamente acompañada del injusto suplicio de Atahualpa, y cuantos monumentos pudiera alzar la posteridad á su nombre tendrán por base la sangre inocente de las victimas de Cajamalca.

La época de la revolucion abunda tambien en sucesos repugnantes. No bien ha resonado el grito entusiasta de libertad, cuando del seno de los heróicos regimientos que combatieron denodados por la patria, asoma su cabeza la discordia. La guerra civil vuelve unos contra otros los batallones que combatieron unidos y la república trasformada en vasto campo de batalla ve correr á torrentes la sangre de sus hijos. Sin embargo, los mas afortunados en las contiendas se llaman héroes y para eternizar su memoria se levantan estatuas. ¡El duro suelo sobre que descansan estas fué regado con las lágrimas de sus victimas! Ninguna hicieron derramar los héroes cristianos; sus laureles no fueron empapados con sangre ni cortados con espada en los campos de batalla.



CAPÍTULO XXXVIII

Ordenes religiosas; su propagacion por América y motivos que existieron para ello. — ¿Qué han hecho en el Perú en favor de la humanidad y de la civilizacion? — Primeros hospitales. — Universidades. — Primeros colegios. — Primeras misiones. — Domingo de Santo Tomás y Reginaldo Lizarraga, misioneros y escritores. — Servicios de otra especie hechos á la moral y á la civilizacion. — Cuanto hay de grande en América hecho por los hombres es debido al catolicismo.

La conquista espiritual de la América exigia una falange poderosa que, esparcida por las selvas espesas y por las elevadas cordilleras, afrontase en todas partes los peligros sin cuento y superase las dificultades infinitas que ofrecia la reduccion de los infieles. Los reyes de España que con celo ejemplar se proponian convertir en adoradores del verdadero Dios á los infinitos salvajes que poblaban los vastos territorios del nuevo continente, divisaron en las órdenes religiosas el poderoso elemento destinado á realizar aquella empresa gigantesca. Los dominicos, los franciscanos y los jesuitas, alejándose entonces de las costas de la península, se derramaron por las desconocidas regiones de América: Méjico y las

provincias de la América central, la Nueva Granada y Venezuela, el Perú y el Paraguay, Chile y el Rio de la Plata resonaron con el eco admirable de sus apóstoles y aprendieron de su boca el conocimiento de Dios y de su santa fe. Este es el origen que en el Perú, y en toda la América han tenido los institutos monásticos. « Seria necesario, dice un historiador moderno, observar uno por uno los pueblos, las aldeas, las llanuras, las montañas y los desiertos del Nuevo Mundo para conocer la extension de los servicios que prestaron los regulares á la gran causa de la conversion y civilizacion de sus habitantes. Los lugares mas escondidos en el corazon de sus inaccesibles cordilleras; los climas mortíferos de las regiones bajas pantanosas y atravesadas por rios caudalosos; las selvas pobladas por infinitos reptiles venenosos y por animales feroces de muchas especies, todo fué visitado por los celosos apóstoles á quienes destinó la Providencia para trabajar en la conversion de los indígenas de América (1). » Los sucesos admirables, los rasgos de caridad heroica y de valor apostólico que el inimitable autor del *Genio del cristianismo* nos pinta sucediendo en los bosques del Paraguay y de Corrientes, se repetian en el Marañon y el Biobio. Charlevoix, muriendo victima de su ardiente celo en un extremo del continente americano, puede considerarse como uno de los grandes sacrificios que pedia la causa cristiana y que se repetian en todas las regiones de la América. El vasto territorio del Nuevo Mundo fué dividido entre aquellas tres grandes familias de operarios y

(1) Ducreux, *Hist. eccles. univers.*, tom. VII.

estos con abnegacion superior á todo elogio se consagraron á las tareas de su apostolado. Hé ahí el motivo por que pasaron las órdenes religiosas desde el nuevo hasta el viejo continente, y hé ahí tambien las ocupaciones que estuvieron confiadas á sus individuos. En algunos puntos de América tomaron su parte en las fatigas apostólicas los agustinos, los carmelitas, los benedictinos y los mercenarios, y á sus tareas debió la Iglesia un número considerable de creyentes.

Pocos países existen en América donde las órdenes religiosas hayan dejado señales tan vivas y tan numerosas de su pasado como en el Perú. Los anales de la religion y de la sociedad llenos están allí de nombres que pertenecen á los claustros y que alcanzaron fama inmortal, por los señalados servicios que prestaron á esos dos grandes objetos que arrebatan principalmente la ternura y el pensamiento del hombre. Se ha dicho alguna vez: ¿Qué debe el Perú á los frailes? ¿Cuáles son los bienes que le han traído las comunidades regulares? No merecen respuesta cuestiones tan absurdas, y mucho mas cuando ó no existe buena fe, ó hay suma ignorancia en quien las hace. Para que pudiesen ser olvidados los bienes que trajeron al Perú y en general á toda la América los institutos religiosos, seria necesario reducir á polvo tantos suntuosos edificios consagrados al ejercicio de la piedad ó á los ministerios de la caridad; seria necesario borrar de la historia tantas y tan bellas páginas que refieren los heroicos esfuerzos de los misioneros por introducir la fe y la civilizacion cristiana en los pueblos bárbaros que habitaban el Perú; seria necesario reducir á cenizas tantos escritos

de esos mismos regulares y que atestiguan su desvelo constante por propagar las ciencias en las colonias de América, y seria necesario, en fin, imponer silencio á las tradiciones de tres siglos, esconder en las tinieblas los monumentos que hoy todos ven y sepultar en el abismo tantas obras que existen de pié en el seno de todos los pueblos y publican á voz en cuello la beneficencia, la piedad y la ilustracion de los institutos religiosos á quienes deben su existencia.

Obra de estos fueron los primeros hospitales que en Lima estableció la caridad para socorrer á tantos como perecian víctimas de su infortunio en aquella opulenta capital. Por una de esas combinaciones que son consiguientes á la grandeza y esplendor de los pueblos, Lima era medio siglo despues de su fundacion asilo de infinitos indigentes que, atraidos por la fama del oro que se recogia en sus ricas comarcas, habian dejado la casa paterna y atravesado los mares esperando improvisar una fortuna. Esta risueña expectativa era con frecuencia burlada y los que desde Europa vinieron al Perú para recoger los tesoros de sus minas, no encontraban otro fruto de su viaje que pobreza, dolor y adversidad. Al lado de los soberbios palacios que fabricaban los ricos no era raro ver morir sumidos en la miseria muchos de esos jóvenes extranjeros cuyas esperanzas frustró la fortuna y abandonada la madre de familia cuyo esposo perdió en arriesgadas especulaciones cuanto habia adquirido con la fatiga de muchos años. Para todos estos desgraciados pedia asilos la caridad, y quienes respondieron los primeros fueron hombres del claustro. Jerónimo de Loaisa y otros con-

cibieron el proyecto de fabricar hospitales : pusieron para ello en movimiento cuantos recursos les sugerian su caridad y el gran prestigio de que gozaban entre sus connacionales, y sin otros elementos llevaron á cabo su proyecto y la miseria y la indigencia contaron con un recurso nuevo que les ofrecia la beneficencia de los claustrales. Los hospitalarios de San Juan de Dios y los hermanos Porres y Camacho, recorriendo las calles de Lima en circunstancia en que una horrorosa epidemia devastaba aquella capital ; conduciendo los enfermos sobre sus hombros á los hospitales, y cargando con los muertos para sepultarlos, son una de las respuestas mas enérgicas que da la historia á los que preguntan : ¿ Qué debe el Perú á los frailes ? ¿ Cuáles son los bienes que estos han echo á la nacion ? Pero no están en la línea de bienes materiales como estos todos los que dispensaron en el Perú los institutos religiosos ; las letras les deben su introduccion en América y obra suya fueron los primeros colegios, las academias y universidades que allí existieron. Al constante desvelo de Fr. Tomás San Martin se debió la institucion de la célebre universidad de San Marcos de Lima (1); y no contento este hombre, acreedor por tantos títulos á la gratitud de los americanos, con haber llevado á cabo aquel proyecto, obtuvo tambien de su comunidad una considerable donacion para subvenir á los gastos que demandaba la enseñanza de la juventud (2).

Los colegios mas célebres que Lima vió establecidos en su recinto, se abrieron á la sombra de las comunida-

(1) Año de 1851.

(2) Año de 1855.

des religiosas, y los hombres insignes que en ellos se formaron recibieron el caudal de los conocimientos con que ilustraron despues á sus conciudadanos de los PP. dominicanos y jesuitas que presidian el colegio de Santo Tomás y el célebre convictorio de San José. Los hombres mas eminentes por su saber, los escritores que mas honran aquella parte del Nuevo Mundo, Villarroel, Oña, Menacho, Alday, Moreno y otros tan ilustres en los fastos de América como estos, alumnos eran de esos establecimientos y en sus escuelas bebieron la ciencia que derramaron mas tarde en todo el continente americano.

Tan fervorosos como los encontramos para propagar las luces, los vemos celosos tambien trabajando en el establecimiento de misiones para ilustrar con la fe cristiana á los infinitos idólatras que vivian sumergidos en las tinieblas del paganismo. Los soldados que con sus armas en la mano sometian los pueblos á la obediencia del rey de España, los jueces y los magistrados que repartian en encomiendas aquellos hermosos territorios entre los aventureros que atravesando los mares llegaban al Nuevo Mundo para enriquecerse con los despojos de la conquista, y los empleados fiscales que percibian, á nombre del soberano que se llamaba dueño y señor de aquellas dilatadas regiones, el tributo que se exigia á los nuevos vasallos, ninguno de esos contribuyó eficazmente á la civilizacion de los indígenas americanos. Fueron los misioneros los que rasgaron las densas tinieblas que cubrian á aquellas risueñas regiones y dieron á sus habitantes el conocimiento de la luz y de la verdad de que carecian. Y no son estas meras conjeturas, sino hechos

que todos conocemos y de los que la sociedad reporta bienes que todos palpan. Los indígenas que habitaban las sierras, reducidos á vivir en poblaciones, los que errantes vagaban en los valles siguiendo el paso de sus llamas, y los que huían presurosos de sus semejantes como si viesen en cada uno de estos un enemigo peligroso, todos estos, ilustrados por la fe cristiana y gozando los bienes que la civilizacion derrama sobre los pueblos, son la mas concluyente prueba que puede ofrecerse de los trabajos de los misioneros católicos en el Perú. Esos misioneros eran religiosos salidos de los claustros, y sus servicios, sus fatigas y su abnegacion inspiraciones eran tambien del claustro en que fueron educados. Recorriendo las montañas del Perú, visitando los valles profundos que forman las aberturas de sus altas cordilleras y observando los primeros pueblos que aparecieron en América con formas europeas, se advierte que en todos esos lugares penetró la cruz, y que esta, con la fuerza irresistible de su virtud, hizo mas conquistas y civilizó mayor número de infieles que cuantos redujeron las armas españolas. Recuérdese cuáles fueron los europeos que hablaron primero el quichoa y el aimará, las dos lenguas dominantes en el imperio de los Incas; cuáles fueron los que escribieron gramáticas, vocabularios y libros en esas mismas lenguas, para facilitar de esa manera la ilustracion de sus neófitos, y cuáles los que con la instruccion abrieron al entendimiento de aquellos hombres un mundo nuevo, vastísimo y desconocido absolutamente. Los nombres de los sacerdotes Domingo de Santo Tomás, Tomás de San Martín, Victoria, Baez,

Loaisa, Valverde, Lorenzana, Paez y mil otros á quienes sus virtudes apostólicas hicieron tan memorables como estos, serán perpetuamente los mas bellos ornatos de la crónica del Perú. No hicieron ruido, es verdad, con hazañas famosas que les reportasen la conquista de poblaciones belicosas y de provincias ricas y florecientes; no doblaron por fuerza la cerviz altanera de pueblos guerreros que les saliesen al encuentro para disputarles el paso y hacerles retroceder, ni levantaron fortalezas erizadas con cañones en medio de los lugares mas ricos y poblados para impedir la insurrección : nada de esto hicieron, porque sus conquistas eran pacíficas y se operaban por medios tambien pacíficos. La extension é importancia de sus empresas no podría percibirse entre el ruido de los ejércitos que combaten; sometían los pueblos y aun las naciones, pero no con armas, sino con la vehemencia de su palabra y la eficacia de su persuasion; los conquistaban, pero sin que nada perdiesen ni de su libertad, ni del noble orgullo nacional, ni del amor patrio que les distinguía, y las fortalezas que levantaron no fueron otras que la cruz, simbolo de amor, de esperanza y de fe, que obra sobre el corazon y sobre la conciencia de los hombres que conocen su virtud con mayor eficacia que el mas formidable aparato bélico del conquistador sobre los pueblos que destina á servir de presa á su ambicion temeraria. Domingo de Santo Tomás, escribiendo el primero una gramática de la lengua de los quíchoas, traduciendo la doctrina de la fe cristiana al idioma de los Incas y poniendo en las manos de los indigenas del Perú los principios de la religion y las verdades eternas en su propia

lengua, hizo á la humanidad en aquellas regiones uno de los servicios mas distinguidos que pudiera prestársela. Y á su vez, Reginaldo Lizarraga, desterrando con el caudal crecido de sus luces y con su fervor apostólico, en toda la extension de la palabra, la supersticion y la idolatria arraigadas entre los yungas del Perú, cooperó no ménos eficazmente que aquel al triunfo completo obtenido por la fe sobre la ignorancia y la barbarie que tiranizaron por tantos siglos una de las mas vastas y mas pobladas regiones de la tierra. Estos hombres predicaban y escribian, eran literatos y misioneros, fundaban pueblos y reducian á los salvajes á vivir en ellos. Muchos otros religiosos jesuitas, franciscanos y dominicos hacian al mismo tiempo hazañas tan brillantes como las de aquellos hijos del instituto de los hermanos Predicadores.

Mil servicios de otra naturaleza, pero de sumo interes para las colonias nacientes del Perú, podremos tambien aducir al lado de los de primera magnitud que acabamos de indicar. En una sociedad cuyos individuos pertenecian en su mayoría á la clase ménos instruida y de costumbres ménos puras de la Península; en una sociedad, repetimos, donde la profusion de elementos para dar pábulo á los vicios hacia que estos se cometiesen tambien con mayor frecuencia, todo cuanto contribuye á sostener y propagar la moral es servicio de primera importancia que cede en beneficio de la sociedad misma. A esta clase pertenecen otros muchos prestados por los regulares en Lima y en todas las ciudades del Perú donde fueron establecidas comunidades religiosas. Asociaciones piadosas, casas de

retiro espiritual, escuelas de Cristo y otras obras de religion semejantes á estas, nacieron en todos aquellos lugares como hijas de su anhelo por el bien de los pueblos. Estas subsisten todavía, y juzgando por el bien que producen actualmente podremos conocer cuál harian en el tiempo de su fundacion. Pequeños tratados de religion, de piedad, de ascética y de moral publicaba continuamente una pequeña imprenta establecida en Lima por los PP. de la Compania, y entre otros muchos los nombres de Anthomas, de Ignacio Garcia, y Miguel de Viñas se hicieron infinitamente populares por los libros que ponian en manos de todos para su instruccion. Un trabajo continuado con abnegacion tan ejemplar, parece que debiera haber merecido á sus autores el reconocimiento que ordinariamente concilian las obras acabadas en beneficio público: mas, sea por ignorancia ó por maledicencia, muchos desconocieron su mérito y levantaron la voz para declarar contra sus autores. Su celo, su piedad, su abnegacion, sus luces, sus trabajos, sus sacrificios, sus peligros mismos, soportados en beneficio del género humano, fueron condenados al olvido y con audacia injustificable: « ¿Qué debe el Perú, dijeron, á los frailes? ¿Qué han hecho estos en beneficio del género humano? »

Ni un instante dudamos afirmar que todo cuanto en la América española hay de grande y majestuoso hecho por los hombres, todo es debido al espíritu religioso, y que en casi todo la Iglesia ha puesto su mano, ó para iniciarlo ó al ménos para perfeccionarlo. Nuestra proposicion podrá estimarla alguno como exageracion del entusiasmo, mas á quien así piense remitimos á los hechos. Dé una

ojeada sobre las grandes capitales de los Estados hispano-americanos; recorra á Méjico, Guatemala, Bogotá, Carácas, Quito, Lima, Santiago y Buenos Aires, y despues de visitar sus mas suntuosos monumentos, diganos si es verdad lo que hemos afirmado. Miétras tanto, los que conservan nobleza en el alma y sentimientos generosos en el corazon, aquellos para quienes la gratitud es un deber que llenarán siempre en medio de las mas dulces emociones, todos esos jamas recordarán la historia de la fe y de la civilizacion en América sino bendiciendo á los institutos religiosos como el instrumento que eligió la Providencia para esa grande obra.

